

# Revista Ideal masónico

## Nº 5 - Junio de 2026

**El ideal masónico puede traer paz y armonía a los pueblos del mundo.**



**Ha surgido una nueva asociación masónica internacional para promover el ideal masónico.**



# ¡Un planeta en peligro! ¡Unos fanáticos peligrosos!

por Mateo Simoita

**Nos sorprende que una nueva bomba atómica aún no haya sido enviada por uno de nuestros dos H.**

¿No son ellos quienes hoy tienen la mano sobre el famoso botón rojo, tan codiciado por los Homo Hubris en potencia?

Quizás mañana, si los pueblos continúan callando, soportando o dejándose convencer de que el ruido de las botas puede seguir siendo una solución.

Estos **Homo Hubris** han comprendido que la democracia, sin una conciencia popular activa, no es más que un vacío en el que pueden precipitarse para apropiarse de las riendas de la gobernanza.

A los riesgos de guerras cada vez más extensas se suman los riesgos medioambientales, que continúan agravándose y frente a los cuales los Homo Hubris exhiben una actitud de negación.

¿Y qué decir de nuestra incapacidad estructural para contener las plagas epidémicas que desbaratan todas las previsiones?

La ilusión de un orden económico, sustentado en mercados financieros cada vez más inconscientes, completa este panorama.

¿Qué debemos hacer?

¿Confiar en que las próximas elecciones traerán una gobernanza inteligente?

El futuro lo dirá, aunque las experiencias pasadas nos autorizan a dudar.

Volver la mirada hacia la sociedad civil nos parece una vía más prometedora.

Escuchar, encontrarse, reunir y unir, no para apropiarse de las dinámicas existentes, sino para ofrecer un vínculo.

El ideal masónico propone un método y un proyecto:

**hacer emerger una conciencia de lo universal, condición previa para todo lo demás.**

Como órgano de expresión no polémico y gratuito, intentamos modestamente desempeñar ese papel.

Gracias por vuestro apoyo.

**Mateo Simoita**  
**Redactor jefe**

## Ideal Masónico

Revista masónica digital mensual

Director de la publicación:

Mateo Simoita

Para cualquier consulta

[mateo.simoita@gmail.com](mailto:mateo.simoita@gmail.com)

# El ideal masónico, un bien común ¡para masones y no masones!

por Alain Bréant

**Muchos pensadores han desarrollado la idea de que el bien común trasciende el interés individual.**

Entre ellos podemos citar:

« El bien de la ciudad es más grande y más perfecto que el bien del individuo. »

**Aristóteles** (-384 / -322 a.C.)

« El bien común es mejor y más divino que el bien de una sola persona. »

**Tomás de Aquino** (1225-1274),  
*Summa Theologica* (1265-1274)

« La voluntad general mira únicamente al interés común. »

**Jean-Jacques Rousseau** (1712-1778),  
*El contrato social* (1762)

« El mundo común es aquello en lo que entramos al nacer y de lo que salimos al morir. »

**Hannah Arendt** (1906-1975),  
*La condición humana* (1958)

« La responsabilidad hacia el otro es la esencia misma de lo humano. »

**Emmanuel Levinas** (1906-1995)

Como se ha demostrado, es la noción de bien común la que define la fraternidad: somos hermanas y hermanos porque compartimos un mismo Bien Común.

Para los francmasones, este Bien Común es naturalmente nuestro ideal masónico.

En esencia, se trata de la búsqueda de la verdad, el perfeccionamiento de uno mismo, la dignidad humana, la libertad de conciencia y la construcción de una sociedad más justa.

El ideal masónico procura desarrollar:

- el respeto por el otro;
- la tolerancia;
- la libertad interior;
- el esfuerzo de conocerse a sí mismo;
- la fraternidad;
- la responsabilidad hacia la sociedad.

Sin embargo, estos valores no son propiedad de ningún grupo particular.

Un no masón puede sentirse igualmente comprometido con estos mismos objetivos:

- un maestro que busca transmitir conocimientos;
- un médico que actúa con humanidad;
- un voluntario que ayuda a los demás;
- un investigador que persigue honestamente la verdad.

En la tradición masónica se habla de « pulir la propia piedra ». Simbólicamente, esto significa trabajar sobre los propios límites, prejuicios, excesos e ignorancias.

Pero este trabajo no concierne únicamente al individuo.

El ideal se convierte entonces en un patrimonio humano compartido más que en un privilegio iniciático.

Estoy convencido de que estos valores pueden ser reconocidos e integrados también por quienes no pertenecen a la Masonería.

La práctica masónica completa este ideal mediante la instauración de un ritual que ofrece un espacio de meditación y de estímulo mutuo.

La Logia es una puerta, pero el paisaje que abre no pertenece únicamente a quienes la han atravesado.

Junto con algunas hermanas y hermanos hemos decidido crear una asociación destinada a pro-



mover este ideal masónico más allá de nuestros círculos discretos.

Se trata de reunir a todas aquellas personas que, aquí y en otros lugares, se reconocen en estos valores de benevolencia y respeto.

« **Hacer compartibles los valores universales trabajados por la tradición masónica, sin exigir la pertenencia a una obediencia masónica** »: esta es la razón de ser de nuestra asociación.

La **Asociación Internacional para la Promoción del Ideal Masónico (AIPIM)** tiene vocación de ser una asociación filosófica y humanista, abierta a las realidades de nuestro planeta.

Deseamos reunir y animar intercambios y reflexiones, porque nuestro ideal no está congelado en el tiempo. También debe ayudarnos a responder a los grandes desafíos de nuestra época:

- el derecho a morir con dignidad;
- el universo penitenciario;
- el antisemitismo;
- las nuevas formas de esclavitud social;
- la violencia contra las mujeres;
- las guerras;
- la protección del planeta;

- la familia en el mundo actual;
- las alternativas al matrimonio;
- y muchos otros temas.

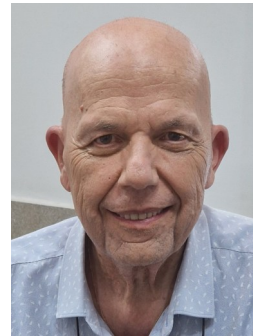
Esta asociación también quiere tener una dimensión internacional, con dos lenguas de trabajo: el francés y el inglés.

Nuestro ideal posee una dimensión universal y puede ser apropiado por ciudadanos de todas las culturas del mundo.

Si este proyecto despierta su interés, no dude en ponerse en contacto conmigo en la siguiente dirección:

[contact.aipim4you@gmail.com](mailto:contact.aipim4you@gmail.com)

**Alain Bréant**



# El ideal masónico va más allá de la pertenencia a la masonería

El ideal masónico, tal como puede definirse hoy, comprende una serie de principios que encontramos también en algunas figuras eminentes del protestantismo.

Favorecer los contrapoderes surgidos de la sociedad civil nos parece asimismo una condición necesaria para evitar las tentaciones de un dirigismo autocrático.

Esta asociación no tiene vocación de convertirse en un movimiento partidista destinado a promover la Francmasonería como institución. No pretendemos constituir una obediencia masónica ni nos corresponde juzgar las distintas formas de compromiso masónico.

Deseamos poner al alcance de todos ciertos valores universales que la tradición masónica ha contribuido a desarrollar: la dignidad humana, la libertad de conciencia, la fraternidad, el diálogo, la búsqueda de la verdad y la construcción de la paz, por mencionar solamente los principales.

Este ideal masónico nos parece hoy una de las expresiones más logradas de las condiciones necesarias para garantizar una convivencia respetuosa de los derechos y deberes de cada persona.

Una de las convicciones que inspira este proyecto es que algunos de los valores promovidos por la Francmasonería no pertenecen exclusivamente a los francmasones.

Vivimos en una sociedad marcada por:

- las divisiones;
- las polarizaciones;
- los repliegues identitarios;
- las incomprensiones mutuas.

El ideal masónico siempre ha procurado favorecer el diálogo entre personas diferentes en torno a un proyecto común.

Nuestra asociación desea convertirse en un espacio de encuentro entre sensibilidades diversas, no para uniformar las convicciones, sino

para aprender a convivir respetando las diferencias.

Nuestra sociedad humana, en todas las regiones del mundo, necesita paz social.

Como bien sabemos, la paz no se reduce a la ausencia de conflictos. Requiere:

- escucha;
- respeto;
- reconocimiento mutuo;
- capacidad para superar los prejuicios.

Precisamente estas disposiciones son las que el ideal masónico busca desarrollar.

Propone que podamos:

- debatir sin excluirnos;
- discrepar sin convertirnos en enemigos;
- buscar juntos aquello que nos une.

En un contexto de crecientes tensiones sociales, este enfoque podría constituir un verdadero factor de paz.

Es compatible con todas las creencias, incluida la fe cristiana, el respeto al Corán y las demás tradiciones religiosas, siempre que cada persona acepte y respete a las demás.

La asociación no pretende sustituir a las religiones ni proponer una nueva espiritualidad. Reconoce plenamente la diversidad de convicciones.

Un cristiano puede encontrar en el ideal masónico valores que convergen con determinadas intuiciones evangélicas.

Fiel a la tradición masónica de no intervenir en el ámbito de las religiones, la asociación no tiene por vocación difuminar las identidades religiosas. Su propósito es favorecer la cooperación en torno a valores humanos compartidos.

Esta labor personal tiene como finalidad promover relaciones más justas y más fraternales.

Con este objetivo, deseamos fomentar la prácti-



ca de la meditación de plena conciencia, que ofrece recursos importantes para prevenir el recurso a la violencia y favorecer una mayor serenidad individual y colectiva.

Nuestro proyecto no consiste en convertir a todo el mundo en francmasón.

Nuestro propósito es mostrar que ciertos valores promovidos por la tradición masónica — libertad de conciencia, fraternidad, diálogo, dignidad humana y búsqueda de la paz— pueden ser compartidos por todos.

Deseamos contribuir a la construcción de una cultura del encuentro, en la que creyentes y no creyentes puedan reconocerse como aliados en la búsqueda del bien común.

Somos conscientes de que este proyecto deberá superar ciertos prejuicios para poder convencer.

Si usted también sufre al ver que la voz de la Paz permanece hoy demasiado silenciosa; si usted también lamenta que las mujeres y los hombres de buena voluntad estén divididos en múltiples capillas ideológicas o espirituales, únase a nosotros en este movimiento que propone la benevolencia como forma de gobernanza y que desea contribuir a devolver sentido a la Esperanza.

Este proyecto coincide, en cierto modo, con el compromiso de varias figuras del protestantismo.

Quisiera mencionar especialmente a Wilfred Monod, quien procuró unir espiritualidad, compromiso social, apertura hacia los no creyentes y fraternidad humana.

Al igual que él, nuestra iniciativa busca ayudar a personas diferentes a convivir en la dignidad, la libertad de conciencia, la búsqueda de la paz y el abandono de la violencia.

Este proyecto será nuestra conciencia colectiva; una conciencia que nos permitirá promover iniciativas concretas capaces de alimentar el impulso necesario para una paz auténtica y duradera.

Su apoyo sería un elemento muy importante para animar a las distintas comunidades a superar el repliegue sobre sí mismas.

**Dr. Alain Bréant**  
**Presidente**

## **Dar a conocer el ideal masónico, la expresión más completa de un contrato social universal**



Hoy podemos comprender el mundo y sus principales desafíos. Frente a las derivas que destruyen la armonía universal, el mundo necesita una conciencia compartida basada en la benevolencia y el respeto mutuo.

Se ocupa únicamente de la vida terrenal y deja a cada persona la libertad de imaginar otras formas de existencia más allá de ella. El ideal masónico no se fundamenta en condiciones irrealistas ni en promesas inalcanzables; propone el diálogo y el intercambio como vías para la búsqueda de soluciones consensuadas.

No tiene vocación de gobernar, sino de iluminar; su función es la de una conciencia. El ideal masónico se interesa por todos los pueblos de la Tierra, en quienes deposita su confianza.

Les ofrece el respeto de una escucha atenta, libre de juicios, así como la voluntad de comprenderlos, acompañarlos y transmitirles confianza.

Porque la paz, la fraternidad y la dignidad humana no pertenecen a ninguna nación, religión o cultura en particular, sino que constituyen un patrimonio común de toda la humanidad.

# Vuelve a empezar una y otra vez.

## por Sylvie Moy

### « Veinte veces sobre el telar volved a poner vuestra obra »

Esta célebre fórmula de Nicolas Boileau nos recuerda que toda obra auténtica exige algo más que talento. Requiere volver sobre uno mismo, corregirse y cultivar la humildad frente a la imperfección.

En un primer impulso, el ser humano suele creer que ha concluido aquello que comienza. Sin embargo, al regresar sobre su trabajo, descubre defectos invisibles a primera vista: una frase demasiado pesada, una idea incompleta, una expresión imperfecta.

Volver a trabajar una obra no significa repetirla de manera idéntica; significa refinarla, depurarla y acercarla poco a poco al ideal que persigue.

Esta exigencia es válida tanto para la escritura como para toda construcción humana. El escultor pule la piedra hasta hacer surgir la línea justa. El artesano ajusta incansablemente su gesto para que cada pieza encuentre su lugar con precisión. Del mismo modo, el espíritu humano se modela lentamente mediante el esfuerzo repetido.

Nadie se vuelve más justo, más sabio o más lúcido en un solo día; uno se corrige gradualmente, paso a paso.

Existe una profunda enseñanza en esta repetición. Cada regreso a la obra transforma tanto a quien trabaja como a la propia obra trabajada. Al mejorar su creación, el ser humano se perfecciona a sí mismo.

El rigor desarrolla el dominio de sí, la paciencia fortalece el carácter y la atención a los detalles enseña a percibir aquello que escapa a las miradas apresuradas.



Algunas tradiciones antiguas hicieron de esta idea un verdadero camino simbólico: el ser humano es comparado con una piedra todavía imperfecta que debe tallar con método y perseverancia para que pueda integrarse armoniosamente en un edificio más vasto que él mismo.

En ellas, el trabajo paciente nunca se considera una carga, sino una elevación.

Así, la máxima de Boileau trasciende ampliamente el ámbito de la literatura. Nos enseña que la perfección quizá nunca llegue a alcanzarse plenamente, pero permanece como una dirección hacia la cual avanzar.

Volver veinte veces a poner la obra sobre el telar significa aceptar que toda creación humana es un devenir más que una realización inmediata.

Significa reconocer que la verdadera grandeza no nace de un gesto espectacular, sino del esfuerzo silencioso, repetido y consciente.

Sylvie Moy



# ¿Es compatible la felicidad con una visión lúcida del mundo?

por Horizon B.

¿Es todavía posible la felicidad cuando uno se vuelve más lúcido? A menudo se habla de la felicidad como de un estado casi evidente al que habría que llegar. Bastaría con aprender a soltar, disfrutar de las cosas sencillas y prestar más atención al momento presente...

Sin embargo, con el paso del tiempo y determinadas experiencias, la mirada cambia. No necesariamente porque uno se vuelva negativo, sino porque ciertas ilusiones se desvanecen de manera natural.

Cuando somos más jóvenes, muchas cosas parecen más claras. A veces imaginamos las relaciones más sinceras de lo que realmente son, algunos grupos más ejemplares, ciertos valores más perfectamente encarnados. Poco a poco, la experiencia nos muestra otra realidad.

Los seres humanos rara vez son completamente coherentes. Una persona puede ser profundamente sincera en algunos aspectos y estar llena de ego en otros. Alguien puede querer hacer el bien y, sin embargo, herir sin darse cuenta. Incluso los ambientes que hablan de sabiduría, espiritualidad, fraternidad o bienestar no escapan siempre a las tensiones humanas, a las torpezas o a las relaciones de poder.

Basta también con observar el mundo tal como es... Las guerras continúan, al igual que las violencias, a veces en nombre de ideas que cada uno considera justas. El ser humano es capaz de crear, ayudar y transmitir, pero también de destruir, humillar o manipular. Esta contradicción ha existido siempre, pero verla con mayor claridad puede resultar perturbador.

Y aun a una escala más cotidiana, muchas cosas invitan a la reflexión. Las redes sociales suelen dar la impresión de que cada persona debe mostrar una versión perfectamente controlada de sí misma. Las opiniones son rápidas, las reacciones inmediatas y los juicios a menudo definitivos. Se habla mucho de autenticidad, pero cada vez resulta más difícil saber qué es realmente vivido, pensado o sentido.



Basta observar ciertas conversaciones, en la vida o en cualquier otro ámbito, para comprobar hasta qué punto la matización se ha vuelto complicada. En cuanto alguien cuestiona, duda o toma distancia, puede ser percibido como débil o falta de convicción. Como si reflexionar serenamente se hubiera vuelto sospechoso...

## Entonces surge una pregunta:

**¿Sigue siendo posible la felicidad cuando uno se vuelve más lúcido?**

Porque ver ciertas realidades transforma inevitablemente algo en nosotros. Comprendemos que no controlamos a los demás, que algunas personas prefieren sentirse tranquilizadas antes que enfrentarse a aquello que las incomoda, que las bellas palabras no siempre bastan y que muchas realidades humanas son más ambiguas de lo que imaginábamos.

Pero ¿es la lucidez necesariamente triste?

A menudo se asocia a las personas lúcidas con algo frío, desencantado, casi amargo. Como si ver más claramente impidiera automáticamente ser ligero, feliz o profundamente vivo.

Sin embargo, no estoy segura de que sea tan simple.

Algunas ilusiones se derrumban, sí... Algunas

decepciones también... Pero tal vez eso conduzca a otra forma de mirar. Probablemente menos ingenua, pero también más serena.

A fuerza de esperar un mundo perfecto, relaciones perfectas o seres humanos irreprochables, uno termina sintiéndose constantemente decepcionado. Aceptar que las cosas son imperfectas no significa aceptarlo todo ni resignarse. Quizá signifique simplemente mirar la realidad con un poco más de madurez.

Al final, la felicidad tal vez no sea ese estado permanente que nos venden por todas partes. A veces se parece más a instantes sencillos, discretos incluso.

Estar en paz con uno mismo...

Escuchar una música que realmente nos atraviesa...

Contemplar un paisaje sin pensar en fotografiarlo...

Cruzar una sonrisa cómplice...

Sentir un momento de calma sincera en medio del ruido.

Pero quizás la felicidad tenga también mucho que ver con una forma de libertad.

La libertad de pensar sin seguir automáticamente a un grupo.

La libertad de cambiar, de matizar, de dudar a veces.

La libertad de no representar un papel permanentemente. La libertad de no tener que parecer más feliz, más fuerte o más perfecto de lo que realmente somos.

Existe sin duda una paz particular en esa sensación de estar simplemente alineado con uno mismo, aunque sea de manera imperfecta.

A veces me pregunto si la lucidez no nos obliga simplemente a cambiar nuestra forma de buscar la felicidad.

Ya no en el ideal absoluto ni en las ilusiones, sino en un equilibrio más humilde.

Ver los límites humanos sin perder completamente la confianza en el ser humano.

Seguir emocionándose por ciertas cosas a pesar de lo que sabemos del mundo.

Conservar la capacidad de maravillarse sin necesidad de idealizarlo todo.

Aun así, creo que algunas personas siguen amando un poco como los niños: sin demasiados cálculos, sin demasiadas defensas, a veces incluso con excesiva intensidad.

La vida les obliga después a aprender la matización, la distancia y ciertos límites. No para volverse frías, sino para permanecer en pie sin perderse por completo.

Y quizá la felicidad no sea un estado fijo que se alcanza de una vez para siempre.

Quizá se encuentre precisamente en el movimiento, en esa capacidad de seguir aprendiendo, cambiando, cayendo a veces, comprendiendo de otra manera, sin dejar nunca de amar, de sentir o de esperar.

Quizá madurar no consista en volverse frío o desencantado.

Quizá consista simplemente en ver con mayor claridad ciertas realidades... sin perder por completo la capacidad de amar la belleza cuando todavía aparece en medio del caos.

**Horizon-B**



# Manifiesto por la masonería tradicional, un camino iniciático para nuestro tiempo

por Jean Dumonteil

**Nunca la humanidad había comunicado tanto, nunca había producido tantos discursos ni dispuesto de tanta información. Y, sin embargo... las preguntas esenciales permanecen, y los hombres y mujeres de buena voluntad siguen buscando respuestas y un sentido para sus vidas.**

Poco antes de su desaparición, Antoine de Saint-Exupéry escribió un texto conmovedor y poderoso, una llamada dirigida a sus hermanos humanos.

En él se declaraba «triste por (su) generación, vacía de toda sustancia humana», antes de añadir esta frase, casi desesperada:

« Sólo existe un problema, uno solo en el mundo: devolver a los hombres una significación espiritual (...). No se puede vivir de frigoríficos, de política, de balances y de crucigramas, ¿lo comprenden? Ya no se puede. Es absolutamente necesario hablar a los hombres. »

Hablar a los hombres es también nuestra responsabilidad, como francmasones, despertando en ellos el deseo de descubrir el tesoro de la vía iniciática, esa Francmasonería de tradición que amamos y que deseamos transmitir.

La última gran vía iniciática occidental

La Francmasonería de tradición es, sin duda, la última gran vía iniciática occidental que permanece viva.

Pero hablar de la Francmasonería nunca es algo neutral. Desde hace más de dos siglos se encuentra rodeada de fantasías, sospechas y relatos aproximativos. Se la describe como secreta, influyente y, a veces, inquietante. Se la acusa de ocultar poderes o designios oscuros. De tanto hablar de ella sin conocerla, se ha terminado olvidando lo esencial.



La realidad es, sin embargo, más sencilla y al mismo tiempo más exigente:

- la Francmasonería es, ante todo, una vía iniciática;
- es también un camino de transformación interior y una escuela de trabajo sobre uno mismo vivida en fraternidad.

No promete una salvación inmediata, ni una verdad revelada, ni recetas para triunfar en la vida.

Propone algo diferente, mucho más raro en nuestros días: una experiencia del sentido, paciente, simbólica y encarnada; una verdadera escuela de sabiduría que no se deja invadir por la espuma de los acontecimientos cotidianos, sino que se consagra a lo esencial: interrogar el sentido de la vida, habitar el mundo con rectitud e inscribir la acción humana en una profundidad que la trasciende.

No una retirada del mundo, sino otra manera de habitarlo

La Tradición no es el pasado.

No es ni folclore ni una fidelidad inmóvil.

Es una transmisión viva: aquello que pasa de mano en mano, de generación en generación, sin congelarse jamás ni romperse nunca.

Entrar en una tradición significa aceptar que no co-

menzamos desde cero. Significa reconocer que los gestos que realizamos, las palabras que pronunciamos y los símbolos que recibimos poseen una memoria. Nos preceden y nos superan. También nos comprometen: aquello que recibimos tendremos, a nuestra vez, la responsabilidad de transmitirlo.

La Francmasonería de tradición se sitúa decididamente en este tiempo largo.

No busca adaptarse a las modas ni convertirse en portavoz de causas pasajeras. Se sitúa en otro lugar: en la duración, en el trabajo interior.

Esto no significa apartarse del mundo, sino aprender otra forma de habitarlo.

La tradición no es una huida fuera del presente; es una manera de permanecer en él sin disolverse en la inmediatez y en la espuma de los días.

Este tiempo largo no constituye un refugio contra el presente. Por el contrario, es un recurso para vivirlo más profundamente.

En un mundo sometido a la aceleración, a la fragmentación y al olvido, la tradición recuerda que todo aquello que verdaderamente importa exige tiempo: el sentido, la fidelidad y la transformación interior.

Entrar en esta tradición significa aceptar una puesta en resonancia.

La Francmasonería de tradición conoce el lenguaje de las correspondencias. Los símbolos masónicos hunden sus raíces en la larga memoria de Occidente, donde se han encontrado el mundo bíblico, el pensamiento griego, los misterios de la Antigüedad y, posteriormente, las grandes corrientes espirituales e iniciáticas de la Edad Media y del Renacimiento.

re el microcosmos humano y el macrocosmos del universo.

Habla de transmutación interior.

Concede una importancia decisiva a la regularidad de la transmisión, a la fidelidad de los gestos y de las palabras, a esa cadena ininterrumpida que une a las generaciones.

Nada se improvisa.

Lo que se recibe ha sido probado por el tiempo.

Lo que se transmite se hace con cuidado, no para momificarlo, sino para mantenerlo vivo.

Una escuela de libertad interior

En un mundo saturado de información, opiniones e imperativos de todo tipo, la vía masónica propone otra temporalidad.

Valora el silencio tanto como la palabra, la escucha tanto como la afirmación, la lentitud tanto como la eficacia.

Nos recuerda que no todo puede decirse, que no todo debe mostrarse y que ciertas experiencias pierden su verdad cuando se exponen demasiado deprisa.

El secreto masónico, tan a menudo mal comprendido, no es un secreto de ocultación.

Es un secreto que protege lo íntimo, lo inefable, aquello que sólo puede transmitirse a través de la experiencia.

Protege el espacio interior donde puede nacer una palabra justa.

Esta disciplina del silencio no encierra: libera.

Enseña a hablar menos, pero mejor.

A actuar sin ponerse en escena.

A buscar sin pretender poseer.

Es necesario decirlo con claridad: la Francmasonería no es una religión de sustitución, ni una filosofía prefabricada, ni una escuela de desarrollo personal.

No impone ningún dogma.

No sustituye ninguna fe.

No entrega ninguna verdad definitiva.

Es una práctica iniciática.

La iniciación no consiste en acumular conocimientos, sino en cambiar la mirada.

No busca explicar el mundo, sino aprender a habitarlo de otra manera.

Procede por etapas, mediante revelaciones progresivas.

Aquello que se entrega demasiado pronto se pierde; aquello que se recibe en el momento adecuado transforma.

Por esta razón, la Francmasonería habla de trabajo.

Trabajo sobre uno mismo.

Trabajo con los demás.

Trabajo paciente, a menudo discreto.

Un trabajo que sólo tiene sentido cuando se vive, y no cuando se comenta desde el exterior.

La vía iniciática no pretende fabricar individuos superiores ni apartados de la realidad.

Busca formar hombres y mujeres más conscientes de sí mismos, más atentos a los demás y más capaces de discernimiento.

La libertad interior que propone no es independencia absoluta ni autosuficiencia.

Es la capacidad de no ser esclavo de las propias pasiones, de los condicionamientos, de las modas intelectuales o de las presiones colectivas.

Es una libertad conquistada lentamente.

Una libertad que no se proclama, sino que se construye.

Por ello, la Francmasonería de tradición invita a una forma de presencia en el mundo que combina compromiso y distancia, acción y reflexión, palabra y silencio.

No se trata de huir del mundo, sino de evitar ser absorbido por él.

No se trata de rechazar la modernidad, sino de conservar un espacio interior capaz de resistir a la dispersión y a la agitación permanente.

En una época que privilegia la rapidez, la reacción inmediata y la exposición constante de uno mismo, la vía iniciática recuerda el valor de la profundidad.

Nos enseña que algunas transformaciones requieren tiempo.

Que ciertas verdades sólo se descubren gradualmente.

Y que el crecimiento humano no puede reducirse a una simple acumulación de información.

La verdadera libertad comienza quizás allí donde el ser humano aprende a escucharse, a conocerse y a orientarse según principios más profundos que las fluctuaciones del momento.

Esta es la libertad interior que la tradición masónica intenta cultivar: una libertad serena, exigente y responsable, capaz de unir conocimiento de sí mismo, apertura al otro y fidelidad a lo esencial.

Un camino de perseverancia, medida y sabiduría

La sabiduría que propone la Francmasonería no es un conocimiento que se acumula ni un estatus que se reivindica; menos aún un capital cultural o un adorno moral.

## **Es un camino.**

Se busca más de lo que se posee.

Se recibe a través de la experiencia, de la prueba y, en ocasiones, de la duda.

La tradición occidental siempre lo ha sabido: la sabiduría comienza por el reconocimiento de los propios límites.

El célebre «Conócete a ti mismo» de Delfos no es una invitación a la autosuficiencia ni a la mera introspección psicológica; es una llamada a la lucidez.

La Francmasonería se inscribe en esta filiación.

No halaga al ego: lo trabaja.

Cultiva la humildad que nos hace plenamente humanos.

A contracorriente de un mundo saturado de ruido y de estímulos permanentes, la Francmaso-

nería de tradición sigue siendo una escuela del tiempo largo, ajena al zapping impaciente y a la dispersión continua.

Concede un lugar esencial a la escucha y a la profundización.

La sabiduría de la que aquí se habla es un arte de vivir, una manera de habitar el mundo con rectitud y equilibrio.

Está animada por el deseo de lo verdadero, de lo bueno y de lo bello.

Exige tiempo, lentitud, paciencia y, a veces, incluso cierta amargura.

Se opone tanto a la voracidad intelectual como a las espiritualidades de consumo.

Pero esta sabiduría nunca es solitaria.

Se comparte.

Se alimenta de la relación con los demás, de la fraternidad y de la escucha mutua.

Al igual que la alegría, sólo existe plenamente cuando circula.

## **Nadie puede proclamarse sabio.**

La sabiduría permanece siempre delante de nosotros, como un horizonte que se desplaza a medida que avanzamos.

Es una manera de estar en el mundo.

El rito, la repetición de los gestos y la regularidad de los trabajos que caracterizan a la Francmasonería de tradición nos enseñan la medida.

Nos recuerdan que no todo puede decirse, que no todo debe mostrarse y que no todo puede decidirse en el instante.

Esta lentitud no es una huida.

Es una forma de resistencia.

Protege lo esencial frente al desgaste de la in-

mediatez.

Del mismo modo, la sabiduría no se posee como se posee un saber.

Se deja aproximar en la duración, al precio de lentitudes aceptadas con perseverancia, de rodeos a veces necesarios y de una humilde fidelidad al propio camino.

No es la llegada lo que transforma, sino la marcha misma.

Nuestra responsabilidad para hoy y para mañana

La Francmasonería de tradición se dirige a nuestros contemporáneos comprometidos en la vida profesional, social, familiar y cívica.

La vía tradicional no los aparta de sus responsabilidades; las ilumina.

Invita a actuar con mayor rectitud, moderación y discernimiento.

Recuerda que la acción sólo adquiere sentido cuando está vinculada a una interioridad trabajada y cultivada.

Rechaza tanto el cinismo como la ingenuidad.

Es aquí donde reside lo esencial.

La Francmasonería de tradición merece ser tomada en serio.

No es una supervivencia folclórica, ni un conservatorio de ritos vacíos, ni un simple espacio de sociabilidad.

Tomarla en serio significa aceptar que compromete toda una vida.

Significa reconocer que no ofrece certezas prefabricadas ni reconocimientos inmediatos, sino una transformación progresiva, interior y con frecuencia invisible.

No promete la felicidad ni garantiza el éxito.

Invita a la rectitud.

No proporciona respuestas definitivas; enseña a vivir con preguntas esenciales.

Y si permanece viva, es porque lleva consigo una responsabilidad hacia quienes vendrán después de nosotros: la responsabilidad de transmitir, para hacer nuevamente posible una experiencia de sentido.

La cadena iniciática es una promesa: frágil y siempre necesitada de ser renovada.

Tomar en serio la Francmasonería significa aceptar convertirse, a su vez, en un eslabón responsable de esa cadena.

En una época en la que tantos puntos de referencia vacilan y en la que la confusión amenaza el propio sentido de lo humano, esta tradición recuerda, sin ruido pero con firmeza, que sigue siendo posible un camino interior.

Un camino de sabiduría, de medida y de fraternidad.

La Francmasonería de tradición no pretende ofrecer soluciones inmediatas a todas las crisis de nuestro tiempo.

Su ambición es más discreta y, al mismo tiempo, más profunda.

Busca formar seres humanos capaces de permanecer en pie en medio de la incertidumbre, de actuar sin ceder a la agitación, de pensar sin sucumbir a las simplificaciones y de servir sin buscar dominar.

Nos recuerda que la verdadera transformación del mundo comienza siempre por una transformación de la mirada.

Que ninguna sociedad puede renovarse de manera duradera si los individuos que la componen no emprenden también un trabajo sobre sí mismos.

Y que la fraternidad no es una palabra vacía, sino una exigencia cotidiana que debe encarnarse en los actos más concretos.

Frente al ruido permanente de nuestro tiempo, la vía iniciática ofrece un espacio de profundidad.

Frente a la aceleración, propone la paciencia.

Frente a la fragmentación, propone la unidad interior.

Frente al individualismo, propone la fraternidad.

Y frente a la pérdida de sentido, propone una búsqueda.

Quizás sea precisamente por eso por lo que sigue siendo actual.

Porque más allá de las épocas y de las circunstancias, el ser humano continúa enfrentándose a las mismas preguntas fundamentales:

¿Quién soy?

¿Qué debo hacer con mi vida?

¿Qué significa vivir justamente?

¿Y cómo transmitir a quienes vendrán después aquello que da valor y dignidad a la existencia?

La Francmasonería de tradición no pretende responder definitivamente a estas preguntas.

Invita a recorrer el camino que conduce hacia ellas.

Y en ese camino, largo y paciente, reside quizá una de las más bellas formas de sabiduría.

**Jean Dumonteil**



## «Las manos construyen lo que el tiempo llamará mañana»

por Patrice Lhôte

### Nota de la Redacción

*Lamentamos no poder dedicar un artículo a las Imaginales de Épinal, celebradas a finales de mayo. Sin embargo, en el dossier de prensa que nos hizo llegar su presidente, Jacques Oréface, encontramos una auténtica joya que reproducimos aquí para que puedan degustarla.*

A veces existen en las palabras asociaciones que van más allá del simple juego fonético y parecen revelar una intuición profunda de la humanidad. Así ocurre con las palabras **mano** y **mañana**.

Desde los orígenes, han sido las manos las que han modelado el mundo. Han tallado la piedra, encendido el fuego, construido las casas, sembrado los campos, escrito los libros y transmitido los conocimientos.

La mano es la primera herramienta del ser humano, pero también es la prolongación visible de su pensamiento y de su esperanza.

Allí donde el espíritu imagina, la mano realiza. Transforma el sueño en obra y la intención en realidad.

Por eso, el mañana nunca se construye en soledad.

Nace silenciosamente en los gestos de hoy.

Cada mano que enseña, cuida, crea o transmite está ya preparando el futuro.

Un profesor que abre un libro, un artesano que inicia a su aprendiz, un músico que comparte su arte o un padre que guía a un niño participan todos en esta lenta construcción del mañana.

Dar la mano, tender la mano, pasar de mano en mano: son expresiones que hablan de relación, confianza y, a veces, incluso de fraternidad.

El mañana de una sociedad depende quizá de su capacidad para mantener viva la cadena de las transmisiones.

Nuestro presidente fundador de las IM&E, Jacques Oréface, la Mano originaria que las hizo posibles, ilustra perfectamente esta idea de transmisión con una fórmula admirable:

**« De mano en mano, avanzar hacia el mañana. »**

**Mano / de mano en mano / mañana:**

atrevámonos a una paronomasia llena de movimiento, nacida de la creación, que pone en práctica la transmisión para abrirse al porvenir.

**« De la mano nace la obra; de mano en mano nace el mañana. »**

Mucho antes del discurso, antes del concepto e incluso, a veces, antes de la conciencia clara de lo que el artista intenta expresar, existe el gesto. La mano toca, modela, traza, borra y vuelve a comenzar.

A veces duda y, de pronto, afirma una dirección interior que las palabras serían incapaces de expresar.

La mano es así el primer lenguaje del artista. Convoquemos a Jean Anouilh para concluir: **« La cabeza y el corazón cometen mil errores. Las manos rara vez se equivocan. »**

**Patrice LHOÏTE**  
Copresidente de las  
**« Imaginales  
Masónicas y Esotéricas  
de Épinal »**

